

Reflexión

François Drouilly sm

Ese día, 23 de julio de 1816, una docena de jóvenes recién egresados del seminario, algunos de ellos sacerdotes desde el día anterior, han decidido subir a la capilla de Fourvière. Todos han sido testigos, y a veces víctimas, de los estragos revolucionarios en su país, en la Iglesia. No pueden contentarse con una simple constatación, aún menos con un juicio sobre las desgracias del tiempo y hundirse en el desaliento. Y sin embargo, ¡Sobran razones! Pero Dios está ahí, tan presente hoy como antes y después de la Revolución. Y no pueden ni quieren ausentarse de un lugar donde Dios se encuentra. Han tomado su decisión. Hay que enrollarse las mangas, ponerse a trabajar, inventar, hacer algo distinto, ir hacia adelante. Este es el reto. Toman la decisión de dedicarse "irrevocablemente, con seriedad, como hombres maduros", dispuestos a todo, incluyendo a "los tormentos", para "salvar almas" en nombre de María.

No hay garantía de éxito. Esta es una puesta en camino. Es necesario ir a donde Dios se encuentra. Se arriesgan a vivir esta aventura, con María.

Fue hace doscientos años, en Fourvière.

Nos conmueven el texto y el gesto. Más aún cuando se conocen las dificultades de todo tipo que tendrían que enfrentar más adelante para "cumplir su promesa".

¿Qué haremos con este aniversario? ¿Una conmemoración de los fundadores? ¿Una evocación histórica? ¿Una "hermosa página" de la epopeya marista?

¿Nos compromete hoy su promesa? Nosotros, hombres, mujeres, religiosos, laicos, que nos decimos y que queremos ser maristas. El compromiso que tomaron hace dos siglos, ¿puede todavía ser el nuestro? Y si es así, ¿cómo? Hoy en día, ¿qué nos están diciendo?

*

La primera sensación, es la de la distancia entre el evento y nosotros mismos. Muchas cosas han cambiado: ¡Hace ya mucho tiempo que la Sociedad de María no cuenta más con el "gobierno del cristianísimo Rey, amigo de la paz y de la religión", para llevar a cabo su misión! Incluso uno puede preguntar acerca de la conveniencia de esta expresión. Sin duda, el paso es conmovedor, nos concierne, como el recuerdo de un evento familiar. Pero llega el momento de cerrar el álbum de fotos amarillentas y volver a las cosas serias, a los "problemas" de nuestro tiempo. Miramos a nuestro alrededor y vemos que la iglesia en el mundo del Siglo XXI está muy lejos de la Iglesia y del mundo de nuestros hermanos mayores.

Y sin embargo...

*

"Nos comprometemos solemnemente "... ¡Qué audacia! ¿O qué ingenuidad? ¿"Salvar almas... por todos los medios"? ¿Pero cómo?... El compromiso es sencillo: "nos

comprometemos irrevocablemente, nosotros y todo lo que es nuestro, en la medida de nuestras posibilidades. '

¿Somos capaces hoy de hacer una promesa? ¿Y ellos, los pioneros, lo eran?

Para ellos como para nosotros, la única garantía de la promesa, es el don que hacen de sí mismos, sin estar seguros de qué llegarían a ser y de qué serían capaces. Una afirmación muy fuerte para el presente. Una incertidumbre igual de fuerte para el futuro: sólo que no será como el presente.

Desde el principio, estos hermanos mayores nuestros nos indican un camino: abierto a lo que venga, pero sin saber qué es lo que viene. Sin otra garantía que la fidelidad personal y colectiva. Y una confianza sin límites. No pueden asegurar nada. No saben de qué estará hecho mañana. No saben ni siquiera qué será de ellos mañana. Lo que hacen en Fourvière es un salto hacia lo desconocido: lo desconocido de lo que van a comprometer, lo desconocido de lo que se convertirán. Prometen lo que no poseen. Están lejos de un "proyecto profesional". Es más bien una apuesta por lo desconocido... nos invitan a dar el mismo paso, igual de azaroso.

*

"¿Cómo podrá ser eso?" ¿Cómo tomar este tipo de apuesta? ¿Cómo evitar la irresponsabilidad? ¿Cómo realizar este salto hacia un futuro desconocido, ¡sin paracaídas!?

Lo que hace fuertes a estos pioneros, lo que justifica el don que hacen de sí mismos, es el amor, y la confianza que da el amor. El amor de Dios, de la vida... Hay mucha similitud entre este compromiso y el que un hombre y una mujer pueden tomar juntos sin saber en qué se convertirán. Hay la misma locura, en ella entregamos, nos entregamos lo que no tenemos aún, lo que no somos todavía. Para el presente y el futuro. Sin garantía de poder dar marcha atrás, solamente en la confianza. "La gloria de Dios y el honor de María" parecen a estos pioneros ser garantías suficientes para arriesgar sus vidas. Después de todo, ellos conocen como nosotros estas palabras de Jesús: "He venido para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia " (Jn 10:10). Ellos aman y creen en la vida: al parecer esto les basta para atreverse a la aventura.

Quizás lo que hace posible su apuesta, es la certeza de una fuerte relación con el Dios en el que creen. Lo pueden todo en aquél que los fortalece.

*

"Nosotros, nos, nuestro.... " ¡Esta ola de pronombres en plural atrae nuestra atención! Los términos de la promesa se apoyan de la base sólida del grupo. No hay diferencia entre ellos: un grupo que habla con una sola voz y donde cada uno halla la fuente y la confianza en su palabra personal. Un filósofo expresó esto de forma muy bella: "Es únicamente en el continuo encuentro con otras personas que la persona se convierte y sigue siendo una persona. El lugar de este paso es la comunidad "(Paul Tillich, "el coraje de ser" p.119 - 120).

Lo que se ha prometido juntos, debe cumplirse juntos. Desde el principio, sabemos de todas las dificultades en sus reuniones, la dispersión geográfica, el abandono de los dos tercios de los firmantes, las relaciones difíciles en las diócesis y las comunidades, las diferencias de

opinión sobre el proyecto y los esfuerzos que hicieron para encontrarse... sin mencionar las relaciones a veces difíciles entre las personas. Y sabemos, por experiencia, cuánto este "juntos" es importante para cumplir la promesa. Nos une más allá de la distancia, de los compromisos, más allá de los miembros de 'la familia'. Nos une a nuestros colegas del pasado: recordamos a aquellas y aquellos que nos dijeron, a menudo sin palabras, solamente con su vida, lo que era una vida marista, que nos dieron las ganas de vivirla: sabemos lo que les debemos. Nos une a los más jóvenes que nosotros. "La verdad religiosa no se capitaliza. Sólo se puede compartir. Y comparte", escribió Michel de Certeau SJ ("la debilidad de creer", p.10). Al parecer los primeros religiosos maristas vivieron esto al interpretar la promesa, poniendo bajo cada palabra unos logros, unas maneras de vivir que les parecían conformes a su compromiso. Descubrieron, profundizaron, inventaron, formularon una manera de vivir y de comprometerse. Se habían unido por su gesto y su promesa. No lo han hecho en nuestro lugar. Lo propusieron a otros: libremente. Al parecer, eran lo suficientemente fuertes para convencer a más de uno a que se les uniera. Nos toca a nosotros continuar el viaje. Y por supuesto, medimos, a lo largo de los días, la importancia de la confianza mutua en nuestras comunidades para permanecer juntos, para avanzar en la vida marista, para llevar a cabo nuestra misión, para inventar hoy las modalidades, para animarnos en la fe.

*

"Y la Virgen se llamaba María.

Los firmantes de la forma no escatiman al usar el nombre de María, el honor de María, la Madre del Señor Jesús, el nombre muy augusto de la Virgen María y finalmente... el nombre de *mariistas* con esta insistencia incongruente sobre la ortografía: necesitan "poner los puntos sobre las íes" como decimos en español, ¡cuando se trata de insistir y no se debe dudar sobre la pertenencia!

Es fácil atribuir este fervor explosivo al "ambiente de la época". Y al mismo tiempo relativizarla. Hay en Francia en esta época docenas de congregaciones masculinas y femeninas que llevan el nombre de María. El nombre de María era entonces una 'marca' religiosa a la moda al grado de hacer de este siglo "el siglo de María"? ¿Pero es realmente tan sencillo?

Esta referencia persistente está muy estrechamente vinculada al proyecto de los fundadores. No se trata aquí de mencionar las obras, las actividades de este futuro grupo. No se habla aún de educación o de catecismo o de misión hasta el fin del mundo o de servir a los enfermos. No, es sólo cuestión por el momento de una familia que lleva el nombre de María, que trabajará para su honor, bajo su protección.

Este texto que nos puede parecer algo burdo, algo pesado, nos indica simplemente el único camino a seguir: el de María. El único patrocinio exclusivo a invocar: el de María; la única manera de actuar, la de María.

Desde 1816, se han escrito muchas cosas a este respecto.

Este trabajo de identificación con María no es el de un momento particular, de un período de educación inicial y permanente, de un retiro anual, y mucho menos una declaración inicial. Es un trabajo que se inscribe en la vida cotidiana, en la comunidad, en los

compromisos pastorales, profesionales de cada uno. Una carta del superior general, en 2010 nos ha recordado que debemos "abrazar plenamente nuestra identidad marista".

Los compañeros de Fourvière optaron por tomar el nombre de María y transmitírnoslo: Nos toca a nosotros ver cómo hemos entendido esta elección y cómo la hacemos nuestra prioridad y cómo la implementamos. El nombre que se lleva dice algo esencial sobre la persona y el grupo al que se refiere. Percibimos bien lo que está detrás del nombre del Poverello de Asís: un religioso franciscano dijo algo sobre la pobreza, la proximidad y el respeto por la naturaleza. Asimismo, de los discípulos de San Vicente de Paul, se espera una verdadera caridad. Estos nombres nos dispensan de pedir explicaciones sobre los compromisos de quienes los llevan. Usar el nombre de María, es tanto una referencia a un origen como a una responsabilidad personal y colectiva de justificar esta decisión por nuestra forma de vida.

*

¿Y ahora...?

... ¿Qué hacemos con esta evocación?

¿Admirar la generosidad de estos jóvenes fundadores?

Caer en el pesimismo. *¿Dónde está el entusiasmo hoy? ¿Qué queda de este hermoso proyecto?*

Mirar hacia atrás, es correr el riesgo de apegarse a un pasado desaparecido.

¿Hacer comparaciones sombrías? ¡Miren lo que hicieron, qué audacia, qué éxitos, ¿qué aventuras! ¿Vean cómo atrajeron a gente joven, en grandes números, todas las obras, todas las misiones que han fundado... y nosotros? ¿Dónde estamos? cierres... envejecimiento... tristeza... Somos enanos al lado de los gigantes. Desconfiemos de estas visiones en blanco y negro.

No tomemos a los primeros Maristas por lo que no son: superhombres. Ellos fueron gente sencilla y su espontaneidad fortalece aún más las palabras que nos dejaron. Dejemos esta comparación que siempre ponen al presente en inferioridad, en comparación con el tiempo de los orígenes que imaginamos más perfecto, más logrado que el nuestro. En suma, sólo seríamos pálidas copias de estos verdaderos maristas desde 1816.

Y quedémonos con lo que nos legaron de más precioso: el comienzo. Su herencia, su promesa, su determinación por cumplir su proyecto de Dios y su confianza en Dios: todo esto nos mantiene. No podemos hacer como si no hubiera pasado nada. Nunca se puede poner fin al origen porque es lo que nos constituye. Más bien fijémonos en esta palabra: ¡el principio! todo lo demás es pasado, pasado venerable, pero finalmente pasado. Honrar a estos primeros hermanos nuestros, es atrevernos también nosotros, después de ellos, comenzar la Sociedad de María. Sabiendo de dónde venimos, podremos mejor orientarnos y decidir a dónde queremos ir. Estos primeros maristas no nos han trazado el camino por adelantado: Nos invitan a inventarlo, a continuar una historia comenzada.

Tenemos que empezar. No sólo repetir, no sólo actualizar, o poner al gusto del día. Hay frescura en un principio. Pero nosotros, vemos más bien a nuestro alrededor, desgaste, incertidumbre, cansancio.

No se trata de un inicio o de un reinicio sino de un comienzo. Nunca acabamos de empezar como nunca acabamos de querer: todo el mundo sabe, "te amo" rima con "siempre"! ¡Y "siempre" con "cada día"! (en el lenguaje del amor) Nuestros antepasados no nos dieron, no digamos impusieron, un programa. Nos dijeron un sentido. No es suficiente colgar el formulario de Fourvière en la pared de nuestra habitación o del salón comunitario. Comenzar, no es ya hacer cuentas, es hacer como Abraham, de quien un autor cristiano dijo que partió sin saber adónde iba, y es por eso qué iba en la dirección correcta!

De alguna manera la promesa de Fourvière está delante de nosotros, no detrás. Tenemos que hacerla con nuestras palabras. Nos toca nosotros descubrir la verdad, la fecundidad, que tiene para nosotros hoy.

No sabemos lo que depara el futuro: los primeros tampoco lo sabían.

No sabemos en qué se convertirá cada uno de nosotros en los próximos años. Tampoco los sabían los primeros. Lo que sabemos, lo que creemos, es que debemos dejarnos - como ellos - configurar por María. Que debemos ir hacia los demás amándolos, amando la Vida. Nuestro compromiso juntos, en cuerpo y alma, será la mejor manera de honrar la promesa de Fourvière.

No se trata de llegar sino de partir!